

RESEÑA

VOLTAIRE. ELEMENTOS DE LA FILOSOFÍA DE NEWTON

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ANTONIO LAFUENTE Y LUIS CARLOS ARBOLEDA. PROGRAMA EDITORIAL FACULTAD DE HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DEL VALLE, 1996, LXXIV-240 P.

Adolfo León Gómez G.

Una traducción anotada y previamente introducida de los *Elementos de la Filosofía de Newton*, de Voltaire, preparada especialmente para conmemorar los 250 años de su primera edición en francés por su contribución a la historia de las ideas científicas, disciplina cada vez más practicada entre nosotros por historiadores, científicos y filósofos (1738), es sencillamente un acontecimiento editorial; que sea publicado ocho años después, es algo que no desdice ni de la conmemoración, ni de su publicación en un país periférico, sino que más bien habla en contra de las supuestas metrópolis culturales del mundo hispano, y en favor de una descentralización, sin duda real ahora, en los antiguos países periféricos. Un acontecimiento editorial, repito, ya que es la primera edición completa en castellano de una obra militante que durante casi todo el siglo XVIII se convirtió en Francia y en Europa continental en una confesión de fe newtoniana.

A este mérito se agregan los de la introducción y las notas eruditamente elaboradas por Antonio Lafuente y Luis Carlos Arboleda. Dejo de lado la traducción que es muy buena y centro mis comentarios sobre aquellas.

La introducción y las notas que corresponden a más de una cuarta parte de la publicación, son una guía necesaria para situarla en el conjunto de la obra de Voltaire, para conocer el sentido y alcance de *Elementos* y conocer sus límites.

En efecto, siguiendo las referencias cronológicas y la Introducción, podemos constatar que los *Elementos* publicados por primera vez en 1738, y por segunda en 1741, con la adición de la primera parte consa-

grada a la filosofía de Newton y que es la forma que actualmente conocemos, (Lafuente y Arboleda hacen la versión al castellano de la edición de 1745 de Prault), aparece en el momento en que culmina la conversión de Voltaire a la cultura inglesa y, sobre todo, a su filosofía. Es cuatro años posterior a las *Cartas Inglesas* o *Cartas filosóficas* y un poco más a obras históricas (Carlos XII) o literarias (Edipo, Bruto, Zaire y sobre todo la *Henriada*).

Al respecto, observan atinadamente los autores, que una mención que en esta última se hace a los torbellinos de Descartes, se sustituye por una terminología más acorde con la cosmología de Newton a partir de 1730. Por supuesto, que son anteriores a lo que los voltairianos confesos profesan de su maestro, los *Cuentos filosóficos*, el *Diccionario*, *La Carta sobre la tolerancia*, los artículos de la *Enciclopedia* y el *Siglo de Luis XIV*; pero esto no los demerita, sino que más bien invita a sus seguidores a conocer una faceta nueva y menos facilista que los panfletos arrasadores de supercherías y la pluma cortante y mordaz que lo hicieron paradigmático entre los ilustrados.

Este aspecto es de resaltar ya que el devastador de la superstición y de la intolerancia, presenta su obra como un credo religioso o una confesión de fe, como lo dije anteriormente. Es muy significativo que después de una primera carta dirigida a Maupertuis -científico competente en la obra de Newton-, y en la que Voltaire plantea su último "gran escrúpulo" sobre el trabajo de Newton con ardor de neófito si debe creer o no en la atracción, se exprese así: "Vos habéis aclarado mis dudas con la nitidez más luminosa: héme aquí newtoniano a vuestro modo. Soy vuestro prosélito y pongo mi profesión de fe en vuestras manos" (citado por los autores).

Este estilo es el que hace de los *Elementos* el resultado de una obra militante, puesto que su anglofilia no sólo le valió críticas, sino también la censura oficial -sus *Cartas filosóficas* que contenían severas críticas a Descartes, y grandes elogios a Newton, fueron tomadas como señales de francofobia-, y, sobre todo, una pieza ejemplar de *vulgarización de la nueva física* para Francia y Europa continental que le salía al paso a la frívola presentación de Algarotti en *II newtonianismo per le dame*, sino que también contrarrestaba el *Elogio* de Fontenelle, muy mediatizado por prejuicios cosmológicos originados en Descartes. Aunque la

difusión y aceptación de los *Elementos*, puede empantanarse algo por los autoelogios que les hizo Voltaire con tono algo petulante, los mismos jesuitas, sus antiguos maestros, en *Mémoires de Trévoux* reconocieron que su discípulo había ganado la batalla; acabado de aparecer, todos quieren leer al menos un capítulo, hojear los títulos, devorar el libro con los ojos... (citado por los autores)

Pero si los *Elementos* son obra divulgadora de un confeso, agregan los autores, es también la obra de alguien que no es filósofo (léase, "científico", experto, competente), sino de un diletante que capitula totalmente ante el método de Newton y que considera que este deslumbrante genio científico no podía haber fracasado al enfrentarse a las cuestiones abstractas de la metafísica (p. XLIV).

De allí el fracaso de Voltaire, pues, por una parte, su interpretación del sustrato teológico metafísico de los textos de Newton constituyen una idealización muy problemática, y una imagen estereotipada. Aunque tuvo dudas, y se desconcertó con algunas cuestiones que le parecían "inaprehensibles y enigmáticas", ellas procedían del desconocimiento de múltiples manuscritos de Newton que tras los estudios más recientes... etc. (XLVI-XLVII).

Por otra parte, volviendo al argumento inicial del párrafo anterior, al no aprehender el significado teórico de presupuestos fundamentales de esta cosmovisión, su adhesión a la misma adolecía con frecuencia de cierto formalismo y no poca retórica. "Así, se explicará, parcialmente al menos -concluyen los autores- su constante tendencia a divinizar a Newton y sacralizar sus enseñanzas" (LXIII).

Estas últimas reflexiones de los autores son las que van a incitar mi interés crítico.

Dejo de lado el análisis de si el argumento incidental que cité antes, *el del desconocimiento de los manuscritos*, tira en la misma dirección que el argumento principal; a mi manera de ver iría más bien en contravía. Sólo quiero llamar la atención sobre el despropósito que supone, a saber, que Voltaire conociera los manuscritos de Newton que, *tras los estudios más recientes...* Mal haría yo o cualquier conocedor de la obra de Leibniz, en recordarle a Voltaire que su estereotipo no es más que una caricatura, *tras el descubrimiento* de los manuscritos de la biblioteca de Hanover (según los cuales, lo mejor es lo menos malo comparati-

vo, lo que no es sino la repetición de un viejo adagio escolástico según el cual *minus malum habet rationem boni*).

Sin embargo retomo el argumento grueso y lo acepto hasta cierto punto. Su incompetencia como "filósofo" puede explicar su fanatismo newtoniano en general, pero no la divinización y sacralización de las enseñanzas newtonianas. En efecto, pensadores sobre los cuales no cabe duda sobre su competencia, pensaron lo mismo: es el caso de Lagrange quien llegó a afirmar "sólo un Dios pudo crear el mundo, y sólo un hombre en la historia del mundo pudo interpretar sus leyes". (Cito de memoria) Al menos, es lo que nos dice Kuhn, quien a su vez da explicaciones del hecho en términos de la ciencia normal y del éxito espectacular del paradigma newtoniano. ¿Y qué decir de los cielos estrellados que maravillaban a Kant, que no podían ser contemplados sino con los principios de Newton?

Pero, para adentrarme más en la dialéctica de este Voltaire incompetente, fanático y dogmático, quiero resumir, algunas reflexiones que he hecho últimamente a propósito de un trabajo de investigación en curso.

I. Lakatos, ha popularizado la idea de que en el siglo XVII había dos programas de investigación científicos en competencia. Por una parte el cartesiano que hacía una propuesta totalmente mecanicista, aceptaba sólo la acción por contacto y negaba la existencia del vacío; adicionalmente, afirmaba la transmisión instantánea de la luz, y el movimiento interplanetario lo explicaba por la existencia de torbellinos (este programa se afinó más tarde con Leibniz y Huygens).

Por otra parte, el programa newtoniano que pregonaba la existencia del vacío y, hasta cierto punto, la acción a distancia, mediante la fuerza de atracción. Estos dos programas se confrontaron muchas veces en las explicaciones prácticas, pero en teoría las confrontaciones más virulentas se refieren a la prioridad de la invención del cálculo infinitesimal, y, por supuesto, la famosa polémica Leibniz-Clarke. Estos hechos históricos, hablan a favor de Lakatos; como los anteriores hablan a favor de Kuhn.

Sin embargo, quiero presentar otro hecho histórico que no es explicado ni por Kuhn, ni por Lakatos, ni por la sociología de la ciencia que propugnan Lafuente, Arboleda y Javier Moscoso, prologuista de la obra.

Tanto Descartes (como luego Leibniz) y Newton estaban de acuerdo

en que la acción a distancia era *incomprensible*; Lafuente y Arboleda lo reconocen, y reconocen que es el supuesto de argumentos de la época contra Voltaire (XXXVIII). No queda duda de que Newton nunca estuvo satisfecho con su atracción, con la gravedad. Koyré anota que a este hecho se debe el que sólo haya escrito *Principia Mathematica Philosophiae Naturalis*, ya que no podía escribir simplemente como Descartes *Principia Philosophiae*, y más de un especialista en sus teorías, sostiene que la introducción posterior del éter, era un intento por resolver el problema de la acción a distancia, disminuyendo el impacto del vacío y de la acción a distancia sin más, pero esto no resolvió el problema. Los newtonianos ortodoxos continuaron dubitantes; por ejemplo, así explica Cassirer el hecho de que el juicio "todos los cuerpos son pesados", en la *Crítica de la razón pura*, es un simple *juicio sintético a posteriori*. En el siglo XVIII el asunto seguía siendo inexplicable; sólo un pensador incompetente podía proponer temerariamente una tesis como la de Voltaire; esta conclusión que concuerda con la de los autores Lafuente y Arboleda (XXXVIII), les colabora con una reflexión que les sirve de premisa.

Valga anotar que sólo a finales del siglo XIX, se pudo resolver, por la vía contraria, el problema. E. Mach, cuando axiomatizó la mecánica de Newton pudo demostrar que ella no podía prescindir del concepto de fuerza.